

**"Elementos utópicos en la India descrita
por Onesícrito"**

Manuel Albaladejo Vivero

contacta@archivodelafrontera.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: junio 2004
Número de páginas: 16
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **HazHistoria S.L.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.hazhistoria.net

Descripción

Resumen

Onesícrato fue uno de los intelectuales más destacados de entre los que acompañaron a Alejandro Magno en su legendaria campaña. Desempeñó importantes cometidos: se entrevistó con los "gimnosofistas", fue el timonel de la nave real y, ante todo, es conocido por haber escrito una obra en la que, entre otros elementos, había una descripción del utópico reino de Musícano y de la región de Catea.

El presente trabajo se centra en el análisis de los elementos utópicos de su obra en lo relativo a la descripción de La India.

Palabras Clave

Mundo Helenístico, filosofía antigua, cosmogonía griega, descripción fantástica de la India.

Personajes

- Onesícrato
- Alejandro Magno
- Gimnosofistas
- Dándamis
- Cálano
- Musícano

"Elementos utópicos en la India descrita por Onesícrito"

Introducción

Onesícrito de Astipalea [\[1\]](#) fue uno de los intelectuales que acompañaron a Alejandro Magno en su gran expedición y, en principio, ha sido relacionado con la "escuela" cínica, puesto que se conservan algunos testimonios que hablan de su formación con el famoso Diógenes de Sínope [\[2\]](#).

Los datos biográficos referidos a este autor también señalan que fue adquiriendo un mayor protagonismo sobre todo a partir de la llegada del ejército macedónico a la India, puesto que se encargó de patronear la nave real desde el momento en que Alejandro decidió llegar a la desembocadura del Indo descendiendo a partir del río Hidaspes e incluso llegó a estar bajo las órdenes de Nearco durante la travesía que éste dirigió desde el Indo hasta el golfo Pérsico [\[3\]](#).

Esto significa, por supuesto, que el rey macedónico debió haber depositado bastante confianza en Onesícrito y es posible que lo conociera tiempo antes de llegar a la India, aunque tampoco podemos despreciar la habilidad de nuestro autor por granjearse la confianza de los personajes poderosos a los que sirvió durante su vida. En esta línea, resulta muy esclarecedor un fragmento que narra el episodio de su lectura ante Lisímaco –uno de los diádocos, que reinó en Tracia entre los años 305 a.C. y 281 a.C.– del libro cuarto de su obra, donde refería el supuesto encuentro entre Alejandro y la reina de las amazonas.

Desde el punto de vista cronológico, ha habido quien se ha basado en la anécdota anterior para establecer que ese cuarto libro no debió aparecer previamente a ese año 305 a.C. [\[4\]](#), aunque tampoco podemos excluir la posibilidad de que Onesícrito hubiese dado a conocer tal libro a Lisímaco antes de que éste fuese proclamado rey.

Para finalizar esta breve introducción respecto a la obra y personalidad de Onesícrito, no podemos olvidar que, al igual que ocurrió con otros autores que escribieron sobre la India como el médico Ctesias de Cnido [\[5\]](#), fue considerado un embustero durante la Antigüedad [\[6\]](#), lo cual no fue óbice para que su obra fuese utilizada por algunos historiadores y geógrafos posteriores de gran relevancia, tal y como ocurrió con Megástenes, Estrabón, Plinio el Viejo y Plutarco [\[7\]](#). Arriano de Nicomedia, por su parte, fue más coherente que los anteriormente citados y a lo largo de su Anábasis y su Indiké dio muestras de escasa atención a los testimonios proporcionados por Onesícrito, a quien tachó de mentiroso e inconsciente.

La India descrita por Onesícrito

Intentando ahondar en las intenciones políticas y literarias de Onesícrito, aparece con meridiana claridad su interés por diversas cuestiones. La principal de ellas consistió en

la indudable glorificación de Alejandro como rey civilizador^[8] o, mejor aún, como la figura de un filósofo en armas ^[9].

Otro elemento empleado por Onesícrito para ensalzar la figura del rey macedonio como campeón de la cultura griega fueron las menciones a su amor por el aprendizaje y la lectura, siendo su libro de cabecera un famoso ejemplar de la *Ilíada* anotada por su maestro Aristóteles, que él guardaba en una caja y depositaba junto con la espada debajo de su almohada ^[10].

También podemos pensar que el interés mostrado por Alejandro para entrevistarse con los famosos sabios desnudos de la India o "gimnosofistas" ^[11] respondía a su superlativa afición a adquirir los mayores conocimientos posibles, buscando interlocutores válidos por todos los países que recorrió al frente de su ejército. Por este motivo, no es de extrañar que hubiese sido el propio Onesícrito la persona enviada por el rey para dialogar con los gimnosofistas a fin de comunicarle el contenido de su doctrina ^[12].

Junto al apreciable interés mostrado por Onesícrito a la hora de ensalzar la figura del rey macedonio a través de sus gestos y hazañas, habría que destacar que éste no consistió – aún con lo relevante que era – en el único objeto de atención por su parte. Tal y como se desprende del testimonio de los fragmentos conservados, Onesícrito escribió sobre cuestiones muy diversas: botánica, zoología, astronomía y etnografía, todas ellas marcadas por el gusto del autor hacia lo exagerado y lo sorprendente; por todo ello Onesícrito merece ser destacado por haber sido un autor que estableció un claro precedente por lo que respecta a muchos de los principales intereses literarios desarrollados en la época helenística, entre los que cabría destacar aquellos referidos a las fabulaciones de carácter utópico.

En cuanto a la narración que recoge el episodio de su entrevista con los gimnosofistas, hay que destacar que Onesícrito comenzó relatando cómo fue enviado a dialogar con ellos por orden de Alejandro dado que éste había tenido conocimiento de que precisamente vivían desnudos, se adiestraban en el sufrimiento y gozaban de la mayor estima en su país; no obstante –siempre dentro de la versión que ofreció el de Astipalea–, los sabios tenían por costumbre el no acudir cuando eran requeridos por alguien; más bien debía llegar hasta donde ellos se encontrasen todo aquel que quisiera escucharlos o contemplar sus acciones ^[13].

De lo anterior se desprende la idea de que Alejandro no podía entrevistarse personalmente con los sabios indios, lo que contrariaba sus deseos y sus intenciones en el terreno filosófico; por tal motivo se vio obligado a comisionar a Onesícrito como enviado personal para entablar una conversación con los sabios y, de este modo, tener conocimiento de su doctrina. Debemos recordar que este tipo de actuación era habitual en Alejandro, esto es, el encargo de una misión especial a alguien de su confianza que fuese más o menos experto en la materia de que se tratase; como ocurrió, sin ir más lejos, con Nearco en la expedición que dirigió entre el Indo y el golfo Pérsico.

A tenor del texto recogido por Estrabón, el gimnosofista llamado Cálano le dirigió a Onesícrito un discurso de carácter apocalíptico, lleno de reminiscencias a la perdida Edad de Oro de la humanidad ^[14], ya que este sabio daba por hecho que el ser humano

siempre caminaba a la búsqueda del lujo y de la indolencia, por lo que Zeus se había visto obligado a condenarlo a una nueva vida donde el esfuerzo personal para salir adelante le permitiría recobrar la moderación y las demás virtudes individuales y sociales [15].

En el fondo, lo que hizo Onesícrito no fue otra cosa sino aprovechar la tarea que le había encomendado Alejandro Magno para poner en boca de los sabios que vivían en el confín del mundo un pensamiento que se correspondía bastante con las ideas defendidas por su propio maestro, Diógenes de Sínope [16], quien consideraba que el hombre no necesitaba nada superfluo y debía padecer unas difíciles condiciones de vida para que ésta se volviese virtuosa y conforme al "estado natural". Al haber sido nuestro autor el único enviado a dialogar con los sabios indios –a juzgar por todos los testimonios–, habría visto despejado el camino para fantasear con el supuesto testimonio de sus interlocutores, tal y como podemos considerar a tenor de la conversación que mantuvo con Dándamis, que era según Onesícrito el más viejo y sabio de todos los gimnosofistas allí presentes. Este Dándamis reprendió a Cálano por todo lo que había dicho al enviado del rey extranjero e hizo un aparte con nuestro autor para comunicarle que él admiraba a Alejandro por tratarse del único filósofo en armas que había conocido; Dándamis consideraba un gran mérito el hecho de que el rey macedonio tuviese el deseo de alcanzar la sabiduría aun gobernando un imperio semejante porque para el mundo lo más provechoso era que los hombres provistos de poder tuviesen el juicio necesario como para persuadir u obligar a sus súbditos a refrenar sus instintos [17].

Resulta evidente que Dándamis no comenzó su exposición aportando argumentos propios del pensamiento de la India, sino que Onesícrito se valió de su figura al objeto de exponer sus ideas adulatorias con respecto a Alejandro; unas ideas que en esta ocasión no concordaban en absoluto con la doctrina de Diógenes –basta recordar las ocho versiones diferentes de la anécdota que lo enfrentó al mismísimo rey–, quien se mostró absolutamente en contra de la monarquía como forma de gobierno o, mejor dicho, rechazaba cualquier tipo de gobierno [18].

En realidad, Onesícrito abjuró de todo aquello que los cínicos habían expresado con respecto a la monarquía movido por su afán de notoriedad así como por su voluntad de llevar a cabo los méritos necesarios para entrar en el círculo de colaboradores más cercanos a Alejandro, cosa que consiguió a juzgar por el encargo de entrevistarse con los gimnosofistas y por el hecho de ser nombrado timonel de la nave real.

Otro elemento que nos informa acerca de la inverosimilitud del contenido del diálogo mantenido entre Onesícrito y los sabios indios viene de la mano del propio Dándamis al disculparse por tener que hablar por medio de tres intérpretes; hecho que, en la práctica, imposibilitaba la transmisión de un pensamiento profundo aunque también confería bastante credibilidad a la situación vivida por nuestro autor [19].

A continuación, expuso Onesícrito los elementos principales de las enseñanzas de Dándamis: la mejor doctrina era la que sustraía del alma el placer y el dolor; éste se diferenciaba, a su vez, del esfuerzo, ya que el dolor era su adversario y el pónos su amigo; los sabios entrenaban su cuerpo para el esfuerzo a fin de robustecer su entendimiento para solventar las discordias y recomendar el bien a todas las personas.

Como ejemplo de esto último, Dándamis le confesó al de Astipalea que había aconsejado a Taxiles acoger a Alejandro [\[20\]](#) y luego le preguntó si también se impartían esas doctrinas entre los griegos.

Onesícrito respondió que Pitágoras había enseñado cosas parecidas y ordenado abstenerse de comer lo animado; de una manera similar se habían pronunciado posteriormente Sócrates y su maestro Diógenes.

Dándamis reconoció que esos sabios griegos habían tenido unas opiniones acertadas pero se habían equivocado en una cosa: en anteponer la ley a la naturaleza, pues de lo contrario no se hubiesen avergonzado de andar desnudos, tal y como hacía él mismo. Toda la disertación de Dándamis constituye el mejor ejemplo de la transposición de algunos elementos propios del pensamiento cínico a los sabios de la India. No cabe ninguna otra conclusión después de leer todo lo que Onesícrito atribuyó a ese personaje.

En primer lugar, la valoración del esfuerzo frente al lujo y al placer es una característica del comportamiento llevado a cabo por los cínicos; su "cosmopolitismo" consistía precisamente en no sentir apego alguno por una ciudad, ni por una casa, ni siquiera por una familia y querían lograr la verdadera felicidad satisfaciendo sus necesidades a través de los medios más sencillos [\[21\]](#).

Onesícrito habló a Dándamis del ejemplo proporcionado por Pitágoras, Sócrates y Diógenes; de ellos, tan sólo el último era cínico, pero los dos primeros habían forjado una leyenda a partir de sus hábitos y costumbres frugales y es muy posible que los cínicos los hubiesen considerado unos precursores de su movimiento. No obstante, a juicio de Dándamis, habían antepuesto la ley a la naturaleza, lo cual difícilmente podía ser achacable a Diógenes de Sínope, a juzgar por las numerosas anécdotas que le fueron atribuidas, además de sus famosos desplantes a Alejandro Magno [\[22\]](#).

No obstante, Dándamis recogió una doctrina puramente cínica al afirmar que la naturaleza debía prevalecer sobre la ley; esto debe explicarse bajo la perspectiva de que lo natural no podía ser ni deshonesto ni indecente y, por tanto, debía hacerse en público. Quizás el mejor ejemplo aplicable a este pensamiento venga dado por el hecho de que los sabios indios estuviesen desnudos, sin mostrar ningún pudor ante su visitante, quien –reiteramos una vez más– encontró en ellos una gran oportunidad para conferir a la doctrina cínica un prestigio y una respetabilidad de las que carecía ante la opinión pública griega [\[23\]](#).

Si los lejanos sabios de la India –el país de las maravillas por excelencia– seguían el modo de vida cínico. ¿Qué mejor refrendo había para su propaganda por todo el mundo helénico al regreso de su viaje? Onesícrito era plenamente consciente de la oportunidad que representaba su estancia en Oriente y, en particular, su conversación con los más conspicuos representantes de su pensamiento para atribuirles unas ideas y una forma de vida que coincidían exactamente con las defendidas por Diógenes y sus discípulos en Grecia.

Junto a las anteriores disquisiciones, Onesícrito añadió que los gimnosofistas habían investigado un buen número de fenómenos naturales, como los pronósticos acerca de las lluvias, las sequías y las enfermedades [\[24\]](#).

Nuestro autor también quiso dar testimonio del prestigio social del que gozaban en la India estos sabios que impartían unas enseñanzas similares a las cónicas afirmando que, al marchar a la ciudad, los comerciantes les regalaban higos, racimos de uvas e incluso los ungían con aceite [\[251\]](#).

Igualmente, las casas más ricas tenían las puertas abiertas para ellos, participando así de la comida y la conversación.

Por último, según Onesícrito, los sabios indios consideraban que lo peor que les podía ocurrir era padecer una enfermedad corporal, hasta tal punto que cuando les aquejaba una dolencia, se suicidaban arrojándose sin inmutarse a una pira en llamas. Esta práctica era consecuente con las ideas que defendían, recordemos que Dándamis le había dicho a Onesícrito que el dolor era su adversario y el esfuerzo su amigo y además contamos con diversos testimonios acerca de la muerte del sabio Cálano, el primer y furibundo interlocutor de esta entrevista, quien se unió posteriormente al séquito de Alejandro y, una vez en Pasargadas, sintiendo que enfermaba por vez primera a sus setenta y tres años, decidió poner fin a su vida consumido por el fuego a pesar de que Alejandro –en cuya corte había estado los dos últimos años enseñando su doctrina a discípulos tales como el futuro rey Lisímaco [\[261\]](#)– intentó alejarlo de la idea del suicidio [\[271\]](#).

Plutarco recogió otra versión del encuentro entre Onesícrito y los gimnosofistas en la que aparecen algunos elementos diferentes a los ofrecidos por Estrabón [\[281\]](#). Así, en primer lugar, el testimonio del autor beocio permite comprender el rechazo de los sabios a acudir ante el rey macedonio, puesto que habían sido ellos mismos quienes se encargaron de persuadir a Sambo para rebelarse contra Alejandro [\[291\]](#).

Este Sambo era un reconocido enemigo del famoso Musícano –Onesícrito idealizó su país en una descripción que comentaremos más adelante– y en una primera instancia se había mostrado hostil a Alejandro, aunque no tuvo más remedio que someterse a su poder una vez que el macedonio comenzó a invadir su territorio. Siguiendo su costumbre, Alejandro le perdonó la vida y le permitió seguir gobernando a su pueblo. Pero Sambo quedó atemorizado ante el súbito reconocimiento del poder de su enemigo Musícano por parte del conquistador extranjero y huyó de la ciudad donde estaba asentado. Fueron los parientes de Sambo quienes hicieron entrega a Alejandro de los consabidos regalos como muestra de su sometimiento.

En este punto la historia se torna borrosa, pero todo parece señalar que los brahmanes llamaron a una rebelión generalizada por todo el área, incluyendo tanto a los territorios regidos por Musícano como a los de Sambo, una vez que hubo regresado este último de su desconocido lugar de exilio.

Tenemos noticias de la brutal represión desatada por Alejandro sobre aquellos que anteriormente le habían prometido fidelidad y la persecución incluyó, por supuesto, a los brahmanes que habían incitado a la revuelta [\[301\]](#).

Éstos fueron los prolegómenos de la historia referida por Plutarco; a continuación fueron conducidos a presencia del rey los diez gimnosofistas que más habían contribuido con sus consejos a que Sambo se rebelase y, de esta forma, comenzó un episodio del todo irreal por cuanto Alejandro, supuesto conocedor de la ingeniosa

dialéctica y concisión de los gimnosofistas a la hora de responder las más complicadas preguntas que se les formulaban, ideó un ingenioso juego consistente en proponerles algunas cuestiones bajo la amenaza de condenar a muerte a aquél de entre ellos que contestase de peor manera, para lo cual el rey encargó al más anciano del grupo la tarea de juzgar a sus compañeros.

Según Plutarco, Alejandro les formuló preguntas del siguiente tipo: ¿Cuántos son más, los vivos o los muertos? ¿Cuál cría mayores animales, la tierra o el mar? ¿Cuál es el animal más astuto? La serie de acertijos propuestos corresponde a lo que los investigadores del folclore denominan Halsrätsel. Una vez concluida la ronda, el rey solicitó al anciano que se pronunciase y éste afirmó que cada uno de los gimnosofistas había respondido de peor manera que el anterior [\[311\]](#).

Alejandro quedó bastante irritado ante tal sentencia, bastante sagaz por proceder del sabio más experimentado del grupo y decidió que sería ejecutado precisamente el viejo, a lo que éste repuso que había incurrido en una contradicción, puesto que el rey había establecido unas reglas concretas para el juego propuesto.

Difícilmente puede pensar alguien que el presente episodio tuviera una base real. Resulta convincente el hecho de que los brahmanes participasen en las revueltas que hubo en diversas regiones indias contra el dominio de Alejandro pero, desde luego, la entrevista con los diez principales instigadores de la rebelión de Sambo responde más a la capacidad fabuladora de algún autor griego [\[321\]](#), ya que estos ejercicios de preguntas y respuestas donde un poderoso examina a sus futuras víctimas proponiéndoles complicados acertijos es un tópos bien conocido dentro de la literatura popular y que, como era de esperar, también contaba con buenos ejemplos dentro de la tradición cultural griega: sólo tenemos que recordar las preguntas efectuadas a los siete sabios, en especial al escita Anacarsis, así como el enigma planteado por la esfinge de Tebas [\[331\]](#).

Es obvio que el diálogo que acabamos de considerar se diferencia considerablemente de la versión ofrecida por Onesícrito –que, por cierto, también fue recogida por Plutarco, lo veremos a continuación– y con escasas variantes aparece en obras tales como la atribuida erróneamente a Calístenes [\[341\]](#), el historiador oficial de la expedición de Alejandro, la de Clemente de Alejandría [\[351\]](#), la que aparece en el Papiro de Berlín [\[361\]](#) y, en lengua latina, la del llamado Epítome de Metz.

El principal punto en común de todas estas fuentes consistió en la divulgación de la figura de Alejandro al modo de un gobernante omnipotente, insaciable en su afán de conquistar el mayor número de países pero, a la vez, –y esto puede provenir en última instancia del legado literario de Onesícrito– interesado en contrastar su sabiduría con la de los personajes más ilustrados que, en este caso, había en la India. Una imagen del soberano macedonio que trascendió el tiempo y el espacio y que lo convirtió en un personaje de leyenda durante varios siglos tanto en la tradición cultural de Occidente como en la de Oriente [\[371\]](#).

Volviendo al relato de Plutarco, conviene aclarar que a continuación del diálogo entre Alejandro y los gimnosofistas, el autor beocio empleó el testimonio ya conocido de Onesícrito para narrar su encuentro con Cálano y Dándamis.

En esencia, Plutarco repitió buena parte del episodio transmitido por Estrabón y que ha sido analizado anteriormente; no obstante, en el presente fragmento hay algunos puntos divergentes.

Así, Plutarco recogió la importante noticia acerca de que fue el propio Cálano quien asesoró a Taxiles, el príncipe indio que envió una embajada a Alejandro reconociendo su dominio cuando éste aún se encontraba en la Sogdiana [38]; además, según Plutarco, Cálano en realidad se llamaba Esfines, pero como saludaba a sus interlocutores diciendo "ΚΑΛΕΙ", los griegos le dieron precisamente por nombre Cálano [39].

Por último, el sabio indio hizo una representación ante Alejandro de lo que debía ser el poder y la autoridad desplegando en el suelo una piel de buey seca, de la que pisó uno de sus extremos, lo que originó que se levantase por las demás partes; ocurrió lo mismo por todo alrededor. Finalmente, Cálano se colocó en medio de la piel y ésta quedó aplanada.

La imagen servía para demostrar que el poder debía ejercerse desde el centro del imperio y, por supuesto, Cálano quiso dar a entender que el mensaje de que Alejandro no debía haber llegado a un lugar tan lejano como la India. De nuevo estamos ante el tópico del sabio que impartía una lección moral y política al poderoso, al igual que se decía había hecho el cínico Diógenes con Alejandro y, mucho tiempo antes, Solón con Cresos, el rey de Lidia.

No obstante lo anterior, tampoco negamos que pudiese haber en origen algún elemento propio del pensamiento de la India transformado, eso sí, por nuestro autor a fin de aportar una interpretatio graeca a la doctrina de los sabios indios [40].

Dejando a un lado este tema y entrando de lleno en el tema del presente artículo, consideramos que dentro de la obra de Onesícrito los excursos de carácter etnográfico debieron ser uno de los ingredientes principales; Heródoto y Ctesias debieron ser, sin duda, dos de sus autores de cabecera, a tenor de su afición a las noticias con ribetes fantásticos así como a la descripción de países lejanos con sus gentes, fauna, flora y demás elementos habituales dentro de ese tipo de escritos.

Ese gusto por lo exótico, que en ocasiones incluyó alguna narración de carácter netamente utópico –entendiendo como tal aquel relato que contiene la descripción de unas formas de vida consideradas perfectas o, al menos, ejemplarizantes [41]– aparece expresado de forma muy clara en los fragmentos que fundamentalmente se han conservado en la Geografía de Estrabón.

Es el caso, para comenzar con los mismos, de la región llamada Catea, ubicada por el autor de Amasía de una manera bastante oscura [42], ya que por un lado, afirmó que algunos la situaban junto al reino de Sopites, entre los ríos Hidaspes y Acesines; mientras que para otros, se encontraba más allá del Acesines y del Hidraotes, colindando con la región de Poro –un primo del soberano derrotado por Alejandro que también fue mencionado por Arriano como “el otro Poro, el malo” [43]–.

Fue el propio autor de Nicomedia quien, al referirse a Catea, escribió que esta región se encontraba al este del Hidraotes y su capital se llamaba Sangala [44]. Su testimonio parece estar únicamente referido a la Catea oriental, puesto que Diodoro de Sicilia

parece coincidir con el texto de Estrabón al distinguir entre dos Cateas, una occidental y otra oriental [\[45\]](#).

En todo caso, lo más importante del fragmento que ahora nos ocupa, consiste en la descripción idealizada de la Catea ofrecida por Onesícrito ya que destacó como algo muy singular de esta zona el culto exagerado a la belleza que llevaban a cabo sus habitantes.

De esta forma, nuestro autor afirmó que era elegido rey aquél que fuese más bello, lo cual no hace sino recordar un prestigioso antecedente literario. Heródoto había escrito en su lógos etiópico que los ciudadanos de ese país ubicado en los límites del mundo elevaban al trono a quien consideraban el más alto y fuerte [\[46\]](#).

Además, Onesícrito estableció un curioso paralelismo entre las costumbres lacedemonias y aquellas otras que, según él, se daban en la Catea; en su obra, los niños que nacían allí eran sometidos con tan sólo dos meses de vida a un juicio público que determinaba si cumplían o no con los requisitos de hermosura que les exigían sus leyes; de esta forma, si el magistrado consideraba que un niño no se ajustaba a los parámetros vigentes en la Catea, se le condenaba a muerte.

Como hemos podido apreciar, Onesícrito trasplantó a la India la famosa política eugenésica de Esparta con la finalidad de que los habitantes de Catea tuviesen un método de eliminación de aquellos niños que, debido a su deformidad o simplemente a su fealdad, no superasen el nivel de belleza requerido para entrar a formar parte de tan privilegiada población.

Por lo demás, se ha afirmado de manera bastante acertada que, en el presente caso, Onesícrito tampoco fue fiel a su doctrina cínica, puesto que al tomar a Esparta como ejemplo social traicionó los postulados de su corriente de pensamiento y es que, en nuestra opinión, Onesícrito se vio prácticamente obligado a recurrir al ejemplo lacedemonio –tal y como hubiese hecho Jenofonte– para explicar cómo prescindían los exigentes cateos de aquellos ciudadanos que no llegaban a un nivel medianamente aceptable [\[47\]](#).

También sucedía que este pueblo indio tenía otras costumbres –drásticas pero siempre dentro de su afición a la belleza–. Así, dijo Onesícrito que se teñían la barba con colores variados y resplandecientes; el novio y la novia se elegían el uno al otro y, lo que es más interesante, nuestro autor describió la práctica del sati: las viudas eran quemadas junto al cadáver de su esposo y explicó que semejante actuación se había establecido para impedir que las mujeres enamoradas de los jóvenes –suponemos que esto era un efecto secundario del culto a la hermosura en Catea– envenenasen a sus maridos. En este punto, Estrabón detuvo la narración de Onesícrito e introdujo su opinión personal: él no podía dar crédito a la norma que ordenaba la incineración conjunta del matrimonio ni el motivo que la había originado. Precisamente, como señaló un estudioso del tema, lo único que consideraba increíble Estrabón de los cateos parece ser lo más “real” que Onesícrito escribió acerca de ellos [\[48\]](#).

Sin lugar a dudas, los principales textos etnográficos que han pervivido de Onesícrito son aquellos fragmentos referidos al utópico país de Musícano, transmitidos por Estrabón al igual que ocurría con el caso anterior [\[49\]](#).

Además de lo recogido por nuestro autor, contamos con otras noticias acerca de Musícano que, si bien no presentan en absoluto esas características de fábula, se encuentran fundamentalmente en la Anábasis de Arriano [\[50\]](#). De este modo, sabemos que Musícano en un primer momento no se había sometido al poder de Alejandro, por lo que éste decidió invadir su territorio. Al comprender el peligro que se le avecinaba, decidió dar marcha atrás respecto de su primera intención y salió a toda prisa al encuentro del rey de Macedonia llevándole considerables regalos y todos sus elefantes, al tiempo que reconocía su error ante el propio Alejandro quien, a su vez, lo perdonó y, nos dice Arriano, quedó asombrado al contemplar la ciudad y el país de los músicos aunque, por desgracia, desconocemos los motivos por los que el de Nicomedia escribió tal cosa y que, sin duda, estaban recogidos en la fuente que él empleó [\[51\]](#).

Poco tiempo después, comenzó la rebelión de Sambo –de la cual hemos hablado a propósito de los gimnosofistas–, con la excusa de que Alejandro había mantenido a Musícano como gobernante de sus antiguos territorios y ambos personajes estaban profundamente enemistados desde antiguo [\[52\]](#).

Por lo tanto, Arriano narró la defección protagonizada por Sambo, al igual que la condena a muerte decretada por Alejandro para aquellos brahmanes que lo habían asesorado. Y fue durante esos acontecimientos cuando Alejandro tuvo noticia de que Musícano se había sumado a la revuelta; para sofocar este nuevo frente envió al sátrapa del sur de la India, llamado Pitón, con un contingente de soldados. El rey en persona se encargó de destruir por completo algunas de las ciudades sometidas a Musícano y en otras estableció una guarnición.

Posteriormente se presentó Pitón ante él llevando preso a Musícano y Alejandro ordenó colgarlo al igual que los brahmanes que lo habían convencido de la necesidad de su rebelión [\[53\]](#).

Éstas son, por tanto, las noticias recogidas por Arriano en cuanto a Musícano y convendría decir que la versión de Onesícrito difiere por completo ya que, en primer lugar, nuestro autor dijo que aquél gobernaba en la región más meridional de la India, lo cual implicaba que se trataba de uno de los extremos del mundo habitado –la India era ya de por sí el límite oriental de la ecumene– y, en consonancia con esa ubicación, el país de Musícano presentaba todo tipo de maravillas, como veremos en seguida.

En el primero de los fragmentos dedicados a esta tierra [\[54\]](#), Onesícrito describió unos árboles de gran tamaño, cuyas ramas, tras alcanzar doce codos de altura, se doblaban hacia abajo hasta tocar el suelo; posteriormente, esas ramas continuaban creciendo bajo tierra, como si fuesen raíces y volvían a salir a la superficie convertidas en troncos que repetían el mismo proceso varias veces; de esta manera, de un solo árbol, se formaba una enorme sombrilla capaz de albergar bajo ella a cuatrocientos jinetes.

Además, escribió Onesícrito que cinco hombres podían abrazar a duras penas uno de los troncos de este portentoso árbol, que ha sido identificado con el “baniano” o ficus bengalensis [\[55\]](#), aunque nuestra opinión consiste en pensar que Onesícrito decidió por

su cuenta exagerar algunas de las características presentes en la exótica flora de la India hasta alcanzar niveles cercanos a los presentes en los Indiká de Ctesias. En efecto, decir que la disposición de las ramas de estos árboles podía dar cobijo a cuatrocientos jinetes –hemos de suponer que habló de jinetes porque incluiría a sus respectivos caballos dentro de la zona de sombra– era algo digno de figurar en los relatos del médico cniidio –de quien, por cierto, transmitió el patriarca Focio la noticia referente a que las palmeras indias y sus dátiles eran tres veces mayores que las de Babilonia [561], lo cual entra en relación directa con el tema que estamos tratando–.

Asimismo, Onesícrito realizó algunos comentarios a propósito de los “árboles que producían lana” o algodoneros –recordemos que Heródoto se había referido a los mismos bajo similar denominación [571]– y escribió que en este país crecía de forma espontánea un cereal parecido al trigo y una vid que producía vino pero, como recuerda el propio Estrabón, los demás autores que escribieron sobre la India y que él empleó para elaborar su libro decimoquinto, afirmaron que en aquel país no había vides.

Debemos admitir que, en realidad, la vid abundaba poco en la India, aunque no era en absoluto desconocida para sus habitantes, tal y como dijo el de Amasía. Ahora bien, Onesícrito estaba fabulando una vez más al hablar de la existencia de trigo y vino en la región de Musícano y la prueba definitiva de que su imaginación estaba operando a toda máquina viene dada por su afirmación de que crecían espontáneamente, es decir, sin necesidad del esfuerzo desarrollado por los campesinos de otras latitudes –los griegos, sin ir más lejos– a fin de obtener una cosecha adecuada.

Esto nos conduce a pensar que Onesícrito elaboró una descripción utópica del reino de Musícano, en el cual se daban en teoría los mismos alimentos que consumían los griegos y su naturaleza era tan ubérrima que recordaba a la Edad de Oro hesiódica.

A estos productos inequívocamente helenos se deben añadir otros muchos exóticos y desconocidos en Grecia, como las drogas y raíces tanto beneficiosas como dañinas –de las que también había hablado Ctesias–, plantas tintóreas, la canela, el nardo y otras especies similares a las que se obtenían en Etiopía y Arabia. Onesícrito aprovechó el motivo de la comparación con estos dos últimos países para llevar a cabo un inciso a propósito de las condiciones climáticas y naturales existentes en cada uno de ellos.

Debemos admitir que, en realidad, la vid abundaba poco en la India, aunque no era en absoluto desconocida para sus habitantes, tal y como dijo el de Amasía. Ahora bien, Onesícrito estaba fabulando una vez más al hablar de la existencia de trigo y vino en la región de Musícano y la prueba definitiva de que su imaginación estaba operando a toda máquina viene dada por su afirmación de que crecían espontáneamente, es decir, sin necesidad del esfuerzo desarrollado por los campesinos de otras latitudes –los griegos, sin ir más lejos– a fin de obtener una cosecha adecuada.

Esto nos conduce a pensar que Onesícrito elaboró una descripción utópica del reino de Musícano, en el cual se daban en teoría los mismos alimentos que consumían los griegos y su naturaleza era tan ubérrima que recordaba a la Edad de Oro hesiódica.

A estos productos inequívocamente helenos se deben añadir otros muchos exóticos y desconocidos en Grecia, como las drogas y raíces tanto beneficiosas como dañinas –de

las que también había hablado Ctesias—, plantas tintóreas, la canela, el nardo y otras especies similares a las que se obtenían en Etiopía y Arabia. Onesícrito aprovechó el motivo de la comparación con estos dos últimos países para llevar a cabo un inciso a propósito de las condiciones climáticas y naturales existentes en cada uno de ellos.

De este modo, afirmó nuestro autor que el calor era similar en las tres zonas —India, Arabia y Etiopía—, pero la primera difería de las otras puesto que gozaba de una lluvia abundante —se refería a la lluvia monzónica—, la cual producía el efecto de humedecer su atmósfera, con el resultado de que ésta se volvía más nutritiva y fecunda. Lo mismo ocurría con la tierra y el agua de la India y, en definitiva, todo este conjunto de beneficiosas condiciones naturales provocaba que sus animales acuáticos y terrestres fuesen mayores que los de cualquier otro sitio.

Y es que aquí nos encontramos ante uno de los principales tópicos etnográficos de Onesícrito, para quien toda comparación establecida entre la naturaleza india y la de los demás países conocidos —en especial Egipto y Etiopía— se resolvía de manera inexorable a favor del extremo oriental del mundo, superando incluso las condiciones de las dos áreas que antaño habían constituido para los griegos el paradigma de la riqueza y la fertilidad.

En conexión con lo que acabamos de comentar, nuestro autor estableció una comparación entre el Nilo y los ríos de la India, reconociendo que el primero era “más fértil que los demás ríos y criaba animales mayores” —una apreciación habitual en los escritores griegos antes de tener un conocimiento preciso sobre la India, en este sentido tan sólo tenemos que recordar el libro segundo de la Historia de Heródoto—. A esto añadió Onesícrito que algunas veces las mujeres egipcias daban a luz cuatro gemelos, a modo de ejemplo de la fertilidad existente en el valle del Nilo gracias a la atmósfera e incluso citó a Aristóteles a propósito de una información sobre un parto séptuple recogida por el estagirita, quien también había calificado de prolífico y fecundo el río egipcio debido a la cocción del Sol [\[58\]](#).

La teoría emitida por Aristóteles fue utilizada por nuestro autor para afirmar que el curso del Nilo procedía en línea recta a través de un terreno largo y estrecho y cambiaba muchas veces de clima y de aires; los ríos de la India, por el contrario, no tenían su cauce tan encajonado, sino que estaban circundados por unas amplias llanuras y además no recorrían regiones que tuviesen un clima diferente.

Según Onesícrito, todas estas circunstancias permitían que los ríos indios fuesen más fecundos incluso que el Nilo; de manera análoga, su fauna debía ser de mayor tamaño y más numerosa.

Nuestro autor llegó incluso a emitir algunas teorías novedosas referidas a la influencia que tenía el agua de lluvia egipcia sobre la población de un país. Así, afirmó que la piel de los animales llegados de otras zonas tomaba el color del ganado del país después de haber bebido su agua de lluvia [\[59\]](#). Estrabón consideró aceptable la explicación ofrecida por Onesícrito pero también expresó su escepticismo cuando nuestro autor atribuyó únicamente al agua el motivo por el que los etíopes tenían la piel negra y el pelo rizado, lo que en el fondo no era otra cosa sino la lógica ampliación de su anterior teoría a la vez que una crítica a los motivos esgrimidos tanto por Heródoto como por

Ctesias para atribuir a la gente de color la pigmentación que los caracteriza. Recordemos que dentro de la concepción herodotea, los indios y los etíopes eyaculaban semen de color negro [60] y, según el médico cnidio, los indios tenían la tez morena debido a su naturaleza e incluso había entre ellos algunos individuos de piel blanca que, hemos de suponer, beberían el mismo tipo de agua que el resto de sus paisanos [61].

Junto a esto, señaló Estrabón que Onesícrito había criticado la tesis del poeta Teodectes, quien había mantenido que el Sol era el causante del color de los etíopes así como de su cabello crespo. Nuestro autor afirmó, de forma razonable, que el Sol no estaba más próximo a los etíopes que a los demás hombres, sino que en realidad sus rayos caían sobre ellos de una forma más perpendicular y, por este motivo, los quemaba con mayor energía.

De esta forma, Onesícrito procedió a “desmontar” una serie de tópicos vigentes en un pensamiento etnográfico griego que ya se encontraba muy distanciado de la época en la que él vivió; es la concepción, ni más ni menos, presente en los poemas homéricos al hablar de los “etíopes de ambos confines”, que se corresponde perfectamente con la creencia en una tierra plana que conocía en sus límites la aurora y el ocaso solares [62].

Como hemos tenido ocasión de comprobar, nuestro autor se desvió en este primer fragmento de su objeto de atención –el país de Musícano– llevando a cabo un curioso y “científico” excursus acerca de las propiedades del agua como definitorias de la pigmentación cutánea. La siguiente información aportada por Estrabón incide de lleno en la etnografía del pueblo gobernado por Musícano [63] del cual Onesícrito destacó, en primera instancia, una cualidad que también hizo extensible al resto de los indios y que no nos resulta en absoluto desconocida: su longevidad.

Nos basta con tener en cuenta las referencias de Ctesias acerca de la duración media de la vida de los indios, que cifró entre ciento veinte y ciento cuarenta años, e incluso algunos podían alcanzar los doscientos [64]. Asimismo, el cnidio ofreció unos datos similares al cuantificar la longevidad de los hombres con cabeza de perro o cinocéfalos [65].

Heródoto fue, de nuevo, el otro destacado precedente al que recurrió Onesícrito, ya que en su lógos etíope, el rey de este pueblo comunicó a los ictiófagos enviados por Cambises el hecho de que la mayor parte de sus súbditos llegaba a los ciento veinte años y había quienes superaban esa cifra [66]. Como es obvio, nuestro autor no tuvo la menor intención de reflejar la realidad existente en el país gobernado por Musícano, sino que aplicó al mismo una serie de lugares comunes en la literatura etnográfica griega, entre los que destacaba el referido a la extraordinaria longevidad de quienes habitasen en una zona ubicada en los límites del mundo conocido y que, por esa misma circunstancia, era considerada una tierra fantástica donde tenían lugar todo tipo de maravillas.

Además, los súbditos de Musícano gozaban de una buena salud –como cabía esperar– y su modo de vida era austero, aunque en su país abundaban todas las cosas. Esta última apreciación los acercaba a la ética de los sabios desnudos y constituye un nuevo ejemplo de la transposición de los ideales cínicos a la India, tan querida a nuestro autor con el objeto propagandístico de mostrar a su público griego las virtudes de un pueblo austero y feliz que seguía los mismos postulados que eran defendidos por los cínicos [67].

Otra característica de estas gentes era la celebración de banquetes comunales al estilo espartano donde se alimentaban a base de piezas cazadas [681]. Tampoco utilizaban el oro y la plata, aunque tenían minas de ambos metales, pero sí empleaban como esclavos a los muchachos, al igual que hacían los cretenses con los afamiotas y los propios lacedemonios con los hilotas.

Buena parte de las virtudes glosadas por Onesícrito presentaban enormes semejanzas con las costumbres existentes entre los griegos de stirpe doria, –era el caso de los espartanos y los cretenses–. En este sentido, recordemos que en Grecia hubo autores como Jenofonte que idealizaron ese estilo de vida, proponiéndolo como ejemplo al resto de sus compatriotas; tampoco deja de ser significativo el hecho de que los súbditos de Musícano se ganaban el lujo de comer carne después de haberla cazado, al igual que hacían los también idealizados persas que aparecían en la Ciropedia [691].

Asimismo, Onesícrito escribió que los músicos no empleaban ni el oro ni la plata – algo similar a la práctica de los lacedemonios– pero no a causa de la imposibilidad de obtenerlos; era su extrema virtud y su desprecio a las riquezas lo que los convencía de la improcedencia de emplear unos metales preciosos que abundaban en su subsuelo. En el presente caso, nuestro autor volvió a mostrar los rasgos de una sociedad absolutamente diferente a la griega, donde la búsqueda de lucro era uno de sus principales defectos –a juicio de nuestro filósofo cínico– y en su mundo utópico hizo que los músicos rechazasen de plano el dinero y los demás bienes que eran objeto de la codicia de los griegos.

Junto a esto, el emplear como esclavos a los jóvenes –recordando el ejemplo de los afamiotas y los hilotas en el territorio griego– podía deberse a la voluntad de que aquéllos no permaneciesen inactivos y ofreciesen un servicio a su sociedad. Debemos poner en relación esta referencia con el último de los tres fragmentos conservados acerca del país de Musícano [701], en el cual Estrabón había reflejado previamente la opinión de Megástenes [711] a propósito del hecho de que ningún indio tenía esclavos [721] –que también respondía la idealización que llevó a cabo este autor al escribir sobre la India–, a la que opuso el testimonio de Onesícrito, quien consideraba que tal institución sólo era propia del reino de Musícano, añadiendo que era una medida excelente y que dicho país se encontraba óptimamente gobernado.

Continuando con las características de la zona, Onesícrito hizo referencia tanto a su afición por la medicina, como al desprecio que sentían por las demás ciencias, en especial hacia todas las que estaban vinculadas al arte de la guerra. En esta cuestión no sólo se aprecian las trazas del pensamiento cínico, sino que también hay que recordar la India fabulosa de Ctesias, cuya naturaleza proveía al país de los remedios más variados para curar las enfermedades y, de esta manera, prolongar la vida de sus habitantes hasta unas edades realmente sorprendentes.

Asimismo, los súbditos de Musícano tenían un sistema legal sumamente simple, ya que los únicos delitos tipificados eran el asesinato y las injurias; según nuestro autor, el motivo de su punibilidad consistía en la indefensión que ambos producían en la víctima, al contrario de lo que sucedía con otro tipo de comportamientos antijurídicos, pues Onesícrito achacaba a la falta de precaución la circunstancia de que en las ciudades

griegas abundasen los pleitos. De esta manera, venía a decir que si un individuo no era lo suficientemente cauto al confiar en la palabra del tercero con quien trataba, debía abstenerse de iniciar acciones legales.

Ha habido algunos especialistas que han visto en estas palabras de Onesícrito un reflejo de los principios mantenidos por los cínicos en materia jurídica [73]; a lo que deberíamos añadir la fuerte carga crítica empleada contra las *πολιτεῖαι*—muy especialmente Atenas— cuyos ciudadanos se veían envueltos en procesos judiciales de manera casi continua, bien como partes interesadas, bien como personal juzgador.

Después de considerar en su conjunto la digresión etnográfica referida al país de Musícano, podemos concluir que se trata de una pieza que contiene las principales características del género de la literatura utópica —lo puramente fabuloso junto al elogio de las instituciones idealizadas de algunas zonas de Grecia como Creta y Esparta— puesto que se halla profundamente enraizada dentro de la tradición helena al respecto, tal y como lo demuestra la reelaboración de determinados temas que ya habían sido utilizados por autores precedentes —es el caso de Heródoto y Ctesias—.

A esto podríamos añadir otros modelos como la Atlántida de Platón y la Merópide de Teopompo de Quíos, quien compartía con Onesícrito la pertenencia al movimiento de los cínicos [74]. Por otro lado, esta descripción del país de Musícano tuvo una considerable repercusión en la literatura de la época helenística; sin ir más lejos, el propio Megástenes empleó la obra de Onesícrito a la hora de tratar acerca de determinados usos y costumbres de la India considerablemente diferentes de aquellos que había en la propia Grecia y que ambos autores aprovecharon para crear una argumentación crítica contra su propia cultura, a semejanza de lo realizado por los filósofos cínicos, con quienes seguía coincidiendo en algunas cuestiones nuestro autor, a pesar de haber “traicionado” sus principios tomando parte en la expedición liderada por Alejandro Magno.

Resumen/Abstract

Onesícrito fue uno de los intelectuales más destacados de entre los que acompañaron a Alejandro Magno en su legendaria campaña. Desempeñó importantes cometidos: se entrevistó con los “gimnosofistas”, fue el timonel de la nave real y, ante todo, es conocido por haber escrito una obra en la que, entre otros elementos, había una descripción del utópico reino de Musícano y de la región de Catea.

Onesicritus was one of the most reputed intellectuals who accompanied Alexander the Great in his legendary campaign. He carried out several important missions: he even talked with the “gymnosophists”, he was the royal vessel's steersman and, above all, he is mainly known for writing a work which included, apart from other important data, a description of the utopian kingdom of Musicanus and the territory of Catheia.